



españoles, á tal punto, que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entónces fué cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras: «Sin la venida de esa vieja (por Metelo), ya hubiera yo enviado á Roma á ese *muchachuelo* (por Pompeyo), muy bien azotado.»

Dícese que durante esta batalla extraviósele su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la había arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habían conducido en la refriega. Habiendo parecido despues y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venia á comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favorecería siempre, con tal que ellos no volvieran á flaquear en los combates, como lo habían hecho por un momento el día anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

Cerca de Sagontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos y alternativas varias (que ya los reveses mismos habían enseñado á Pompeyo á vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, á quien por fortuna suya pudieron salvar sus soldados cubriéndole con los escudos. Dió luego orden Sertorio á los suyos para que se disemináran en pequeñas partidas y fueran á reunirse en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irían á sitiarse allí los dos generales enemigos, y convenia- le entretenerlos miéntras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados á los sitiadores. Hízose el anciano Metelo la ilusión de que aquello era una retirada, atribuyólo á miedo de caer en sus manos, y loco de alegría se decretó á sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razón con la edad, porque habiendo pasado á invernar á Córdoba, hacia que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de emperador; presentábase en pú-

blico coronada la cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias miéntras comía, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los más hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenían por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó á desvanecerle hasta el punto que un día se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnífico salón cubierto de tapicería; sentóse en él el infatuado general, y miéntras se quemaba incienso en honor del héroe, una *Victoria* bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con su propia mano. No sabemos qué admirar más, si la fatuidad del que así se hacia divinizar, ó la baja adulación de los que cooperaban á la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre á algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metellina, acaso la moderna Medellin.

Miéntras de este modo se hacia Metelo, con mengua y daño de su razón, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y ejercitaba, y poniale en estado de reparar sus pasadas quiebras. Adoptando entónces un sistema de guerra semejante al de Viriato, á que ya ántes había mostrado afición, por todas partes aparecían escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo concertáronse para poner sitio á Palencia (75), ciudad que había dado siempre mucho que hacer á los romanos. Disponíase ya á asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, á quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta 3.000. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redújoles así á un estado de penuria insoportable á tropas regulares, aproximábase otro invierno, estacion en que comunmente nada se atrevían á emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron á Metelo á retirarse á su predilecto país de la Bética; Pompeyo



traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

Desde allí escribió al senado aquella célebre carta en que le decia: «He consumido mi patrimonio y mi crédito; no me queda más recurso que vos; si no me socorreis, os lo pvegno, mal que me pese tendré que volver á Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detras de nosotros la guerra española» (1). Este era aquel Pompeyo que había venido á España con ínfulas de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido entónces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro Aníbal, y más contando con las simpatías de muchos pueblos de Italia. Pero Sertorio no quería dejar de ser romano. Amaba á su patria, donde tenía una madre á quien idolatraba, y de cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia pacíficamente, y que el senado revocara el decreto que le tenía proscrito. Con esta condicion proponia la paz, pero tuvo el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entre tanto España se iba amoldando al gobierno y á las costumbres de aquella misma Roma que combatia; los españoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran ya ciudades ilustradas, que habían adoptado letras, artes, idioma y legislación romanas; el Sertorio se vanagloriaba de haber hecho una Roma española, de haber trasladado Roma á España (2).

La fama de las proezas de Sertorio había llegado al Asia; y Mitridates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, al tiempo de renovar por tercera vez la guerra contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solicitando su alianza. Estos, despues de compararle á Pirro y Aníbal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los romanos en España, con tal que él le

(1) Salust. Hist. lib. III.

(2) Pensamiento que expresó el gran Corneille en una de sus tragedias con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

*Rome n'est plus dans Rome, elle est touto où je suis...*  
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

enviara un refuerzo de tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Sertorio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad y aún con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república: decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de tierra más de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando esta contestacion le fué comunicada á Mitridates, exclamó: «Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué sería si fuese dictador de Roma?» Sin embargo, aceptó el tratado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia, ganando á Valencia de paso (74).

Pero éstos eran los últimos resplandores de la gloria de Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginadas victorias se había hecho incensar como una divinidad, determinó deshacerse por la traicion de un enemigo á quien no obstante todas sus ilusiones no podia vencer. Pregonó entónces su cabeza y púsola á precio, ofreciendo por su vida mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coincidiese con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le enviaba en virtud de su enérgica reclamacion y con haberse empezado á notar desercion en las filas sertorianas de parte de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en que se quedaban sin su jefe, mil negros presentimientos comenzaron á ennublar y turbar la imaginacion ya harto melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad de los romanos, su mismo recelo le hacia tratarlos con aspereza y severidad. Habiendo confiado la guarda de su persona exclusivamente á españoles, esta preferencia excitó en aquéllos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban abandonando. Entónces pudo conocer de parte de quién estaba la lealtad y cuán injusta había sido la predileccion con que ántes había mirado á los romanos sobre los indígenas, pero era ya tarde.

Mortificado además con la perpétua ansiedad que le agitaba, obróse en su carácter un





cambio completo. El negro humor que le dominaba hizo áspero, duro, caprichoso y cruel. Por simples y ligeras sospechas, castigaba con inexorable rigor las ciudades que le estaban sometidas. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban los pueblos con todo género de violencias y extorsiones, pregonando que lo hacían de orden de su jefe. Y como el edicto de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban un conspirador y un aspirante al premio de su muerte, á tal punto se extravió su razón, que hizo perecer en el suplicio una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satisfacción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Perpenna, que desde el principio se había resignado mal á ocupar un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspiración, en la cual había hecho entrar á muchos oficiales. «Para honor de España», dice un escritor extranjero, hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abominable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir á él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo, fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noticiaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues, Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna una copa de vino: era la señal convenida: el que se sentaba al lado de Sertorio le atravesó con su espada: quiso el desgraciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo del sillón, cosióronle á puñaladas los demas conjurados. Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los

españoles llamaban el Aníbal romano, y que por espacio de ocho años había estado haciendo dudar si la España sería romana, ó si Roma sería española (73).

Segun Velleyo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se verificó en Etosca, hoy Aytóna, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno, cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que le tenía nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible pareció á todos entónces la perfidia, que faltó poco para que fuese despedazado. Reservábase no obstante Pompeyo el castigo que merecía su detestable hazaña. Apénas tomó posesión de su ambicionado puesto de general en jefe de las tropas, le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de allí le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes de Roma. Pompeyo, con loable generosidad, las hizo quemar sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Aufidio, fué á África á arrastrar una vida infame y mísera, mil veces más desastrosa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de *devotos* que habían no jurado sobrevivir á su amado jefe, cumplieron con su fidelidad acostumbrada, haciendo el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á más alto punto la *devoción* y la fidelidad, el respeto á los juramentos, el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costumbres.

No obstante su heroísmo, Calahorra fué al fin tomada por los romanos. Pompeyo y Metelo fueron á Roma á recibir la corona del triunfo, que la moral y la historia otorgan hoy á España.

## EPOCA QUINTA

### GUERRAS CIVILES

Años antes de J. C. del 134 al 4

## LIBRO PRIMERO

### CAPÍTULO I

Disensiones interiores.—Cornelia y los Gracos.—Ley agraria de Tiberio Graco.—Cuestura y tribunado de Cayo Graco.—Leyes Sempronias.—Muerte de Cayo Graco.—Resultado de las tentativas de los Gracos.

Roma conservó su papel en el exterior, y su brazo no cesaba de herir por todas partes; pero á medida que extendía sus conquistas abandonaba su vida interior. Grandes disensiones revelan su disolución, y la debilidad general se manifiesta en el tumulto del Foro.

No obstante, hasta en las disputas de los dos órdenes hay de una y otra parte algo grande y elevado; pero ahora no se limitará á la antigua querrela entre patricios y plebeyos. Desde que los plebeyos ricos habían entrado en el Senado y en la aristocracia, habíase visto á los nobles unidos á los caballeros apoderarse del poder que la multitud, sin jefe que la guiara, no podía disputarles.

El poder era tiránico, pero ¿sobre quién pesaba? La antigua raza plebeya había desaparecido con sus herencias usurpadas en los vastos dominios; los pequeños propietarios habían

llegado á ser colonos, y no tardaron los ricos en preferirles á los esclavos. Quedaba sólo la plebe de la ciudad, compuesta de los artesanos más viles, de libertos ó de cautivos que habían ganado la libertad; y estos ciudadanos de contrabando (1) no se atrevían á mirar cara á cara á los cónsules que les habían conducido cargados de cadenas. Morían de hambre y de miseria, y deshonorándose por las vergonzosas ventas de sus votos, estaban en la pendiente que conduce irremisiblemente á los mayores desórdenes.

Y sin embargo, preciso es confesarlo; la ti-

(1) Véase en tiempo de los Gracos una alocución de Escipión á la multitud del Foro: «¡Silencio, falsos hijos de Italia! Habels pensado bien, pues los que yo he conducido atados á Roma no me infundirán miedo alguno; libres de sus ligaduras ¿qué son? (Val. Máximo, lib. VI, Vel. Paterc., lib. II.)